CRIMEA

ORLANDO FIGES

CRIMEA

La primera gran guerra

Traducción de Mirta Rosenberg

edhasa

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Crimea*

Diseño de la cubierta: Edhasa

Ilustración de la cubierta: Retrato, propiedad del autor, realizado a mediados de los años treinta, al inicio del Gran Terror, probablemente por Piotr Otsup, fotógrafo paraoficial del Kremlin desde los tiempos de Lenin. El cutis y el pelo, claramente retocados, disimulan la edad (en torno a sesenta años), pero la dura mirada es tan real que Stalin bien pudiera haber dicho lo que el papa Inocencio X al contemplar su propia imagen captada por Velázquez: «*Troppo vero*».

Primera edición: diciembre de 2012

© Orlando Figes, 2012
© de la traducción: Mirta Rosenberg, 2012
© de la presente edición: Edhasa, 2012

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C
C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2595-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-28.417-2012

Impreso en España

Para Seren

Índice

Índice de ilustraciones 11
Notas sobre fechas, nombres propios y citas 13
Agradecimientos 15
Introducción 17
Mapas 27

1. Guerras religiosas 35
2. Cuestiones orientales 65
3. La amenaza rusa 117
4. El fin de la paz en Europa 171
5. La guerra falsa 211
6. Los turcos se llevan el primer triunfo 259
7. Alma 307
8. Sebastopol en otoño 349
9. Los generales Enero y Febrero 415
10. Carne de cañón 477
11. La caída de Sebastopol 543
12. París y el nuevo orden 595
Epílogo: La guerra de Crimea en el mito y la memoria . . . 669

Notas 705
Bibliografía selecta 757

Índice de ilustraciones

1. El monumento conmemorativo de Héricourt 18
2. Hagia Sophia, principios de la década de 1850 67
3. Panel de mosaico sobre las puertas reales de Hagia Sophia 69
4. Luis Napoleón, 1854. 173
5. Palmerston 235
6. León Tolstoi, 1854 260
7. Lord Raglan. 274
8. Hugh Annesley. 333
9. «Invierno en Crimea, verano en Crimea», por Henry Hope. . . . 421
10. Una *cantinière* con uniforme del regimiento de zuavos, 1855 . . . 427
11. Nikolái Pirogov 439
12. Valle de la Sombra de la Muerte (1855) 455
13. Hombres del 68.º Regimiento con uniforme de invierno (1855) 457
14. Alejandro II 479
15. El general Pélissier 503
16. El cementerio británico de la colina de Cathcart, 1855.. 607
17. François Rochebrune 635
18. «Right Against Wrong» (*Punch*, 8 de abril de 1854) 687
19. *La muerte del almirante Najimov*, de Vasili Timm (1856) 699

Nota sobre fechas, nombres propios y citas

Desde 1700 hasta 1918 Rusia adoptó el calendario juliano, que tenía trece días de retraso con respecto al calendario gregoriano en uso en Europa Occidental. Para evitar confusiones, todas las fechas de este libro se consignan según el calendario gregoriano.

La transcripción de los nombres rusos de este libro evita la translación de las formas del original inglés y se adecúa a las normas de transcripción al español recogidas en el *Manual de estilo del diario El País* (Título VIII, Sección 7). *(N. de la T.)*

Agradecimientos

La investigación destinada a la escritura de este libro se realizó durante muchos años, y debo dar las gracias a un gran número de personas.

En las primeras etapas de la investigación, Helen Rappaport me ayudó a compilar una bibliografía funcional extraída de la lista potencialmente infinita de libros, memorias publicadas, diarios y cartas entre participantes de la guerra de Crimea. También me ofreció consejos invalorables sobre la historia social de la guerra, compartiendo conmigo información de su propia investigación para el volumen de su autoría *No Place for Ladies: The Untold Story of Women in the Crimean War.*

En el National Army Museum de Londres, doy las gracias a Alastair Massie, cuyas propias obras, *The National Army Museum Book of the Crimean War: The Untold Stories*, y *A Most Desperate Undertaking: The British Army in the Crimea, 1854-56*, sirvieron de inspiración para mi propio libro. Agradezco el permiso otorgado por Su Majestad la Reina Isabel II para hacer uso de los materiales de los Royal Archives, y también doy las gracias a Sophie Gordon por su asesoramiento sobre las fotografías de la Royal Collection de Windsor. Murat Siviloglu y Melek Maksudoglu me ayudaron en el Archivo Basbanlik Osmanlik de Estambul; Luisa Jabibulina en el Archivo de Historia Militar del Estado Ruso.

Varias personas me hicieron comentarios sobre todas las secciones de la primera versión –Norman Stone, Sean Brady, Douglas

Austin, Tony Margrave, Mike Hinton, Miles Taylor, Dominic Lieven y Mark Mazower– y a todas les estoy agradecido. Douglas Austin y Tony Margrave, en particular, fueron una mina de información sobre diversos aspectos militares. También doy las gracias a Mara Kozelsky por haberme permitido leer el original de su entonces inconcluso volumen sobre Crimea, a Metin Kunt y a Onar Önal por ayudarme con respecto a temas turcos, a Edmund Herzig por su asesoramiento sobre asuntos armenios, a Lucy Riall por su asesoramiento sobre Italia, a Antony Beevor por su ayuda sobre los húsares, a Ross Belson por haberme proporcionado información sobre la renuncia de Sidney Herbert, a Keith Smith por su generosa donación de la extraordinaria fotografía «La antigua Scutari y la moderna Üsküdar», de James Robertson, y a Hugh Small, cuyo libro *The Crimean War: Queen Victoria's War with the Russian Tsars* me hizo cambiar de opinión sobre muchos temas.

Como siempre, estoy en deuda con mi familia, mi esposa Stephanie y nuestras hijas, Lydia y Alice, que nunca creyeron del todo que yo estaba escribiendo un libro de guerra, pero que de todas maneras consintieron mis intereses; a mi agente Deborah Rogers, que me brindó todo su apoyo, y a su soberbio equipo de Rogers, Coleridge y White, especialmente a Ruth McIntosh, que se ocupa de mis devoluciones impositivas y a Melanie Jackson en Nueva York; a Cecilia Mackay por su atento trabajo con las ilustraciones; a Elizabeth Stratford por la corrección del manuscrito, y sobre todo a mis dos grandes editores, Simon Winder de Penguin y Sara Bershtel de Metropolitan.

Introducción

En la iglesia parroquial de Witchampton, en Dorset, hay un monumento conmemorativo dedicado a cinco soldados de este pacífico pueblito que combatieron y murieron en la guerra de Crimea. La inscripción dice:

Muertos al servicio de su país.
Sus cuerpos están en Crimea.
Que sus almas descansen en paz. MDCCCLIV

En el cementerio comunal de Héricourt, en el sudeste de Francia, hay una lápida con los nombres de los nueve hombres de la zona que murieron en Crimea:

Ils sont morts pour la patrie.
Amis, nous nous reverrons un jour*

En la base de la lápida conmemorativa alguien ha puesto dos balas de cañón, una con el nombre del Bastión «Malakoff» (Malajou), capturado por los franceses durante el sitio de Sebastopol, la base naval rusa de Crimea, la otra con el nombre «Sebastopol». Miles de soldados franceses y británicos yacen en Crimea, tumbas sin marcar y abandonadas.

* «Murieron por la patria. Amigos, algún día volveremos a vernos». *(N. de la T.)*

En Sebastopol mismo hay cientos de monumentos e inscripciones conmemorativas, muchos de ellos en el cementerio militar (*bratskoe kladbishche*), uno de los tres enormes camposantos establecidos por los rusos durante el sitio, donde están sepultados 127.583 hombres –un número asombroso– que murieron en la defensa de la ciudad. Los oficiales tienen tumbas individuales con sus nombres y regimientos, pero los soldados están enterrados en fosas comunes de cincuenta o cien hombres. Entre los rusos hay militares que habían venido de Serbia, Bulgaria o Grecia, sus correligionarios en la Iglesia oriental, en respuesta al llamamiento hecho por el zar a los ortodoxos para que defendieran su fe.

El monumento conmemorativo de Héricourt

Una pequeña placa, apenas visible en la hierba crecida, donde yacen quince marineros, conmemora su «heroico sacrificio durante la defensa de Sebastopol en 1854-1855»:

Murieron por su madre patria, por el zar y por dios

En otros sitios de Sebastopol hay «llamas perpetuas» y monumentos a los incontables soldados desconocidos que murieron combatiendo por la ciudad. Se estima que un cuarto de millón de soldados, marineros y civiles rusos están sepultados en las fosas comunes de los tres cementerios militares de Sebastopol.[1]

Dos guerras mundiales han oscurecido la escala gigantesca y el coste humano enorme de la guerra de Crimea. Hoy nos parece una guerra relativamente pequeña, y está casi olvidada, como las placas y las lápidas de esos cementerios. Ni siquiera en los países que participaron en la contienda (Rusia, Reino Unido, Francia, el Imperio otomano, Piamonte-Cerdeña en Italia y los territorios que más tarde serían Rumania y Bulgaria) hay muchas personas que puedan decirnos gran cosa sobre la guerra de Crimea. Pero para nuestros antepasados, antes de la Primera Guerra Mundial, la guerra de Crimea fue el conflicto más importante del siglo XIX, la guerra más significativa de sus vidas, al igual que las guerras mundiales del siglo XX son el hito histórico dominante de las nuestras.

Las bajas fueron inmensas: al menos tres cuartos de millón de soldados murieron en batalla o desaparecieron por las enfermedades y plagas, dos tercios de ellos rusos. Los franceses perdieron alrededor de 100.000 hombres, los británicos una pequeña fracción de esa cifra, alrededor de 20.000, porque enviaron una cantidad mucho menor de tropas (98.000 soldados y marineros británicos participaron en la guerra de Crimea, frente a 310.000 franceses). Pero aun así, para una pequeña comunidad agrícola como Witchampton, la pérdida de cinco hombres aptos y capaces se sintió como un golpe devastador. En las parroquias de Whitegate, Aghada y Farsid, del condado de Cork, en Irlanda, donde el ejército bri-

tánico hizo un reclutamiento intensivo, casi un tercio de la población masculina murió en la guerra de Crimea.[2]

Nadie ha contado las bajas civiles: víctimas de la metralla, personas que murieron de hambre en las ciudades sitiadas, poblaciones devastadas por las enfermedades propagadas por los ejércitos, comunidades enteras eliminadas en las masacres y en las campañas organizadas de limpieza étnica que acompañaron la lucha en el Cáucaso, los Balcanes y Crimea. Ésta fue la primera «guerra total», una versión del siglo XIX de las guerras de nuestra propia época, que involucró a civiles e incluyó crisis humanitarias.

También fue el primer ejemplo de una guerra verdaderamente moderna, en la que se combatió con nuevas tecnologías industriales, rifles modernos, barcos de vapor y ferrocarriles, formas nuevas de logística y comunicación como el telégrafo, innovaciones importantes en medicina militar, y corresponsales de guerra y fotógrafos situados en el campo de batalla. Sin embargo, al mismo tiempo fue la última guerra conducida según los antiguos códigos de caballerosidad, con «parlamentarios» y treguas en la lucha para poder retirar a muertos y heridos de la escena del combate. Las primeras batallas de Crimea, la del río Alma y la de Balaclava, donde se llevó a cabo la famosa Carga de la Brigada Ligera, no fueron demasiado diferentes de la clase de lucha que se desarrolló durante las Guerras Napoleónicas. Sin embargo, el sitio de Sebastopol, la fase más prologada y crucial de la guerra de Crimea, fue precursor de la guerra de trincheras industrializada de 1914-1918. Durante los once meses y medio que duró el sitio, los rusos, los británicos y los franceses excavaron 120 kilómetros de trincheras; entre ambos bandos se intercambiaron 150 millones de disparos y 5 millones de bombas y obuses de diversos calibres.[3]

El nombre de la guerra de Crimea no refleja su escala global y su enorme importancia para Europa, Rusia y esa área del mundo –que se extiende desde los Balcanes hasta Jerusalén, desde Cons-

tantinopla hasta el Cáucaso– que llegó a definirse por la Cuestión Oriental, el problema internacional planteado por la desintegración del Imperio otomano. Tal vez sería mejor adoptar el nombre ruso de la guerra de Crimea, la «Guerra Oriental» (*Vostochnaia voina*), que al menos tiene el mérito de relacionarla con la Cuestión Oriental, o incluso llamarla la «Guerra Turco-Rusa», el nombre que se le asigna en muchas fuentes turcas, que la sitúa dentro del contexto histórico de siglos de conflicto entre los rusos y los otomanos, aunque esa designación omite el factor crucial de la intervención occidental en la guerra.

La guerra empezó en 1853 entre fuerzas rusas y otomanas en los principados del Danubio de Moldavia y Valaquia, el territorio de la actual Rumania, y se propagó hasta el Cáucaso, donde los turcos y los británicos alentaron y apoyaron la lucha de las tribus musulmanas contra Rusia, y desde allí se extendió a otras áreas del mar Negro. En 1854, con la intervención de los británicos y los franceses del lado de los turcos y la amenaza de los austríacos de unirse a esta alianza antirrusa, el zar retiró sus fuerzas de los principados y el combate se trasladó a Crimea. Pero hubo otros diversos escenarios de guerra entre 1854 y 1855: el mar Báltico, donde la Royal Navy planeaba atacar San Petersburgo, la capital rusa; el mar Blanco, donde bombardearon el monasterio de Solovetsky en julio de 1854, e incluso la línea costera siberiana del Pacífico.

La escala global del conflicto estuvo a la altura de la diversidad de gente que involucró. Los lectores encontrarán aquí un amplio fresco menos poblado de lo que esperaban por personajes militares y más poblado por reyes y reinas, príncipes, cortesanos, diplomáticos, líderes religiosos, revolucionarios húngaros y polacos, médicos, enfermeras, periodistas, artistas y fotógrafos, panfletistas y escritores, ninguno de ellos más fundamental en el relato, desde la perspectiva rusa, que León Tolstoi, quien sirvió como oficial en tres frentes distintos de la guerra de Crimea (el Cáucaso, el Danubio y

Crimea). Sobre todo, el lector hallará aquí, a través de sus propias palabras consignadas en cartas y memorias, el punto de vista de oficiales y soldados, desde los «Tommy» británicos hasta los zuavos franco-argelinos y los siervos soldados rusos.

En inglés hay muchos libros sobre la guerra de Crimea. Pero este es el primero en cualquier idioma dedicado a basarse extensamente en fuentes rusas, francesas y otomanas, así como británicas, para iluminar los factores geopolíticos, culturales y religiosos que determinaron la participación en el conflicto de cada una de las potencias principales. Espero que emerja de estas páginas una nueva apreciación de la importancia de la guerra en su condición de hito de la historia de Europa, Rusia y Oriente Próximo, cuyas consecuencias aún se sienten en la actualidad. No se da lugar en este libro a la difundida opinión británica de que fue una guerra «sin sentido» e «innecesaria» –una idea que se remonta a la desilusión pública que causó la campaña militar mal conducida y sus limitados logros en aquel momento–, que desde entonces ejerció un impacto tan perjudicial sobre la literatura histórica. Abandonada desde hace mucho tiempo y con frecuencia desestimada como tema serio por los académicos, la guerra de Crimea fue dejada principalmente en manos de los historiadores militares británicos, muchos de ellos aficionados y entusiastas, que han vuelto a contar constantemente las mismas historias (la Carga de la Brigada Ligera, la torpeza de los comandantes ingleses, Florence Nightingale), con poca dedicación a los orígenes religiosos de la guerra, la complejidad política de la Cuestión Oriental, las relaciones entre cristianos y musulmanes en la región del mar Negro, o la influencia de la rusofobia europea, temas sin los cuales resulta difícil comprender la verdadera significación del conflicto.

La guerra de Crimea fue un punto de inflexión crucial. Rompió la antigua alianza conservadora entre rusos y austríacos que había mantenido el orden existente en el continente europeo, lo

que dio lugar al surgimiento de nuevos estados-nación en Italia, Rumania y Alemania. A los rusos les dejó un profundo resentimiento hacia Occidente, la sensación de haber sido traicionados porque otros estados cristianos habían tomado partido por los turcos y un sentimiento de frustración de sus ambiciones en los Balcanes que seguiría desestabilizando las relaciones entre las potencias en la década de 1870 y en las crisis que condujeron al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Fue el primer conflicto europeo importante que involucró a los turcos, si descontamos su breve participación en las guerras revolucionarias y napoleónicas francesas. Abrió el mundo musulmán del Imperio otomano a los ejércitos y la tecnología occidentales, aceleró su integración a la economía capitalista global y desencadenó una reacción musulmana contra Occidente que persiste hasta hoy.

Cada potencia entró en la guerra de Crimea por motivos propios. El nacionalismo y las rivalidades imperiales se combinaron con los intereses religiosos. Para los turcos, se trataba de luchar por su imperio que se desmoronaba en Europa, de defender su soberanía imperial contra los rusos, que alegaban representar a los cristianos ortodoxos del Imperio otomano, y de evitar la amenaza de una revolución islámica nacionalista en la capital turca. Los británicos alegaron ir a la guerra para defender a los turcos de la intimidación de Rusia, pero en realidad les interesaba más asestarle un golpe al Imperio ruso, al que temían como rival en Asia, y usar la guerra para estimular el avance de su libre comercio y de sus intereses religiosos en el Imperio otomano. Para el emperador de Francia, Napoleón III, la guerra era una oportunidad de que su país recuperara su posición de influencia y respeto en el exterior, si no la gloria del reinado de su tío, y tal vez de redibujar el mapa de Europa como una familia de Estados nación liberales siguiendo las líneas imaginadas por Napoleón I, aunque la influencia de los católicos sobre su débil régimen también lo impulsó a entablar la

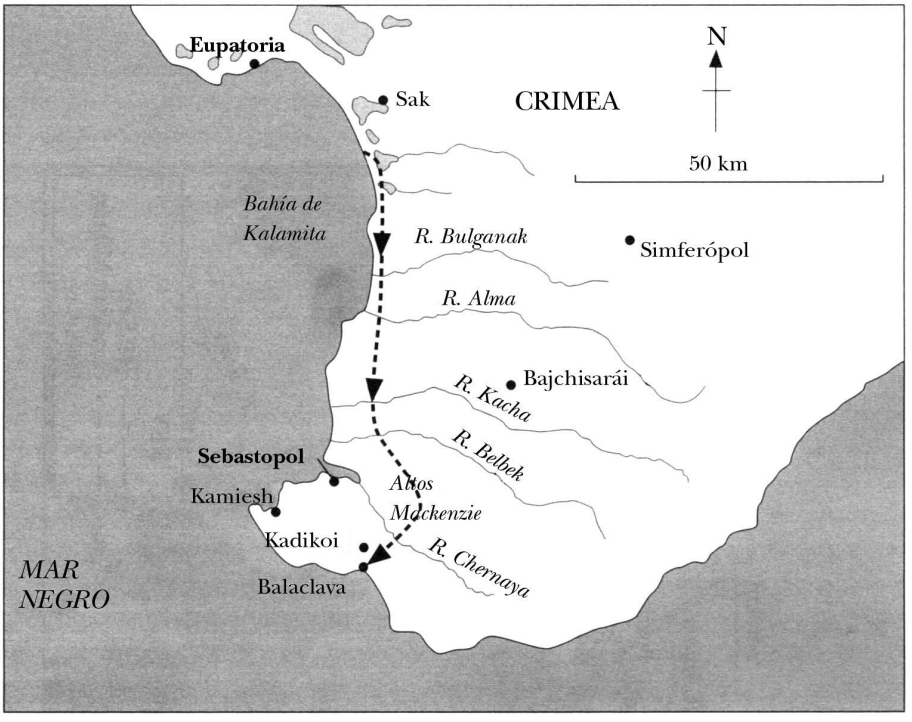
guerra contra Rusia por motivos religiosos. Para los británicos y los franceses, era una cruzada en defensa de la libertad y la civilización europeas contra la amenaza primitiva y despótica de Rusia, cuyo agresivo expansionismo representaba una verdadera amenaza, no sólo para Occidente, sino para toda la cristiandad. En cuanto al zar, Nicolás I, el hombre más responsable del estallido de la guerra de Crimea, en parte estaba impulsado por el orgullo y la arrogancia, resultado de haber sido zar durante veintisiete años, en parte por su idea de cómo debía comportarse una gran potencia como Rusia con sus vecinos más débiles y en parte por un grave error de cálculo respecto a la manera en que las otras potencias responderían a sus acciones; pero sobre todo Nicolás estaba convencido de que combatía una guerra religiosa, una cruzada, para cumplir con la misión de Rusia, que debía defender a los cristianos del Imperio otomano. El zar juró atacar a todo el mundo para cumplir lo que creía su misión sagrada: extender su imperio de ortodoxos hasta Constantinopla y Jerusalén.

Los historiadores han tendido a desestimar los motivos religiosos de la guerra. Pocos dedican más de uno o dos párrafos a la disputa en Tierra Santa –la rivalidad entre los católicos o latinos (apoyados por Francia) y los griegos (apoyados por Rusia) con respecto a quién tenía derecho a controlar la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén y la iglesia de la Natividad de Belén–, pese a que ese incidente fue el punto de partida (y para el zar, razón suficiente) del estallido de la guerra de Crimea. Hasta las guerras religiosas de nuestra propia época, parecía poco plausible que una pelea insignificante por ver quién era el guardián de una iglesia pudiera enredar a las grandes potencias en un conflicto bélico de grandes dimensiones. En algunos trabajos históricos, la disputa de Tierra Santa es usada para ilustrar la absurda naturaleza de esta guerra «tonta» e «innecesaria». En otros, sólo aparece como el disparador de la verdadera causa de la guerra: la lucha entre las potencias eu-

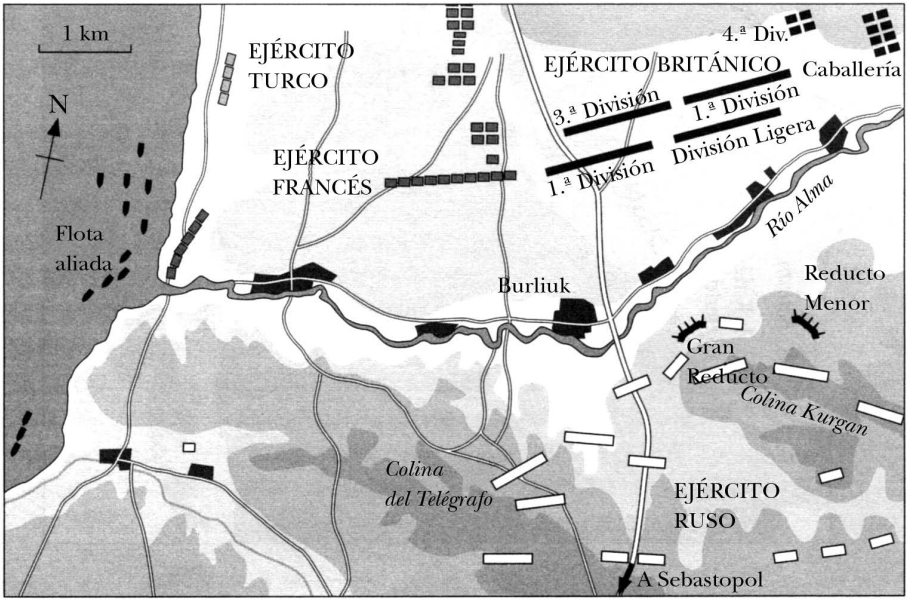
ropeas por ganar influencia en el Imperio otomano. Esos relatos históricos alegan que las guerras están motivadas por rivalidades imperiales, por la competencia por ganar mercados o por la influencia de las opiniones nacionalistas dentro de los imperios y los Estados nación. Aunque todos esos motivos son genuinos, este enfoque subestima la importancia de la religión en el siglo xix (si las guerras de los Balcanes de la década de 1990 y la emergencia del islam militante nos han enseñado algo, es por cierto que la religión desempeña un papel vital como desencadenante de las guerras). Todas las potencias usaron la religión como medio de influencia en la Cuestión Oriental, la política y la fe estaban estrechamente interrelacionadas en las rivalidades imperiales y todas las naciones, especialmente Rusia, fueron a la guerra con la convicción de que Dios estaba de su lado.

Zona de conflicto de la Cuestión Oriental

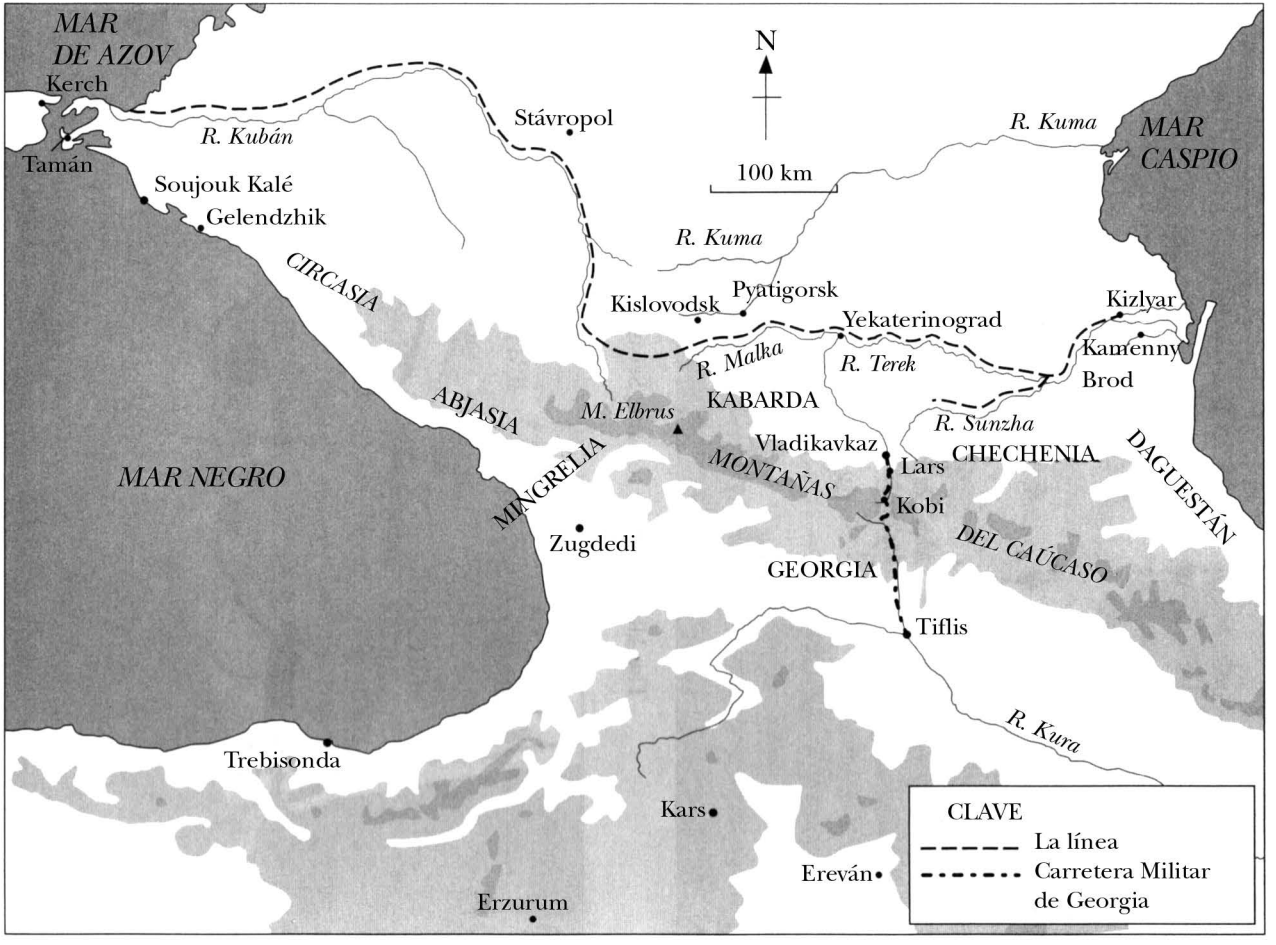
Zona de conflicto del Danubio



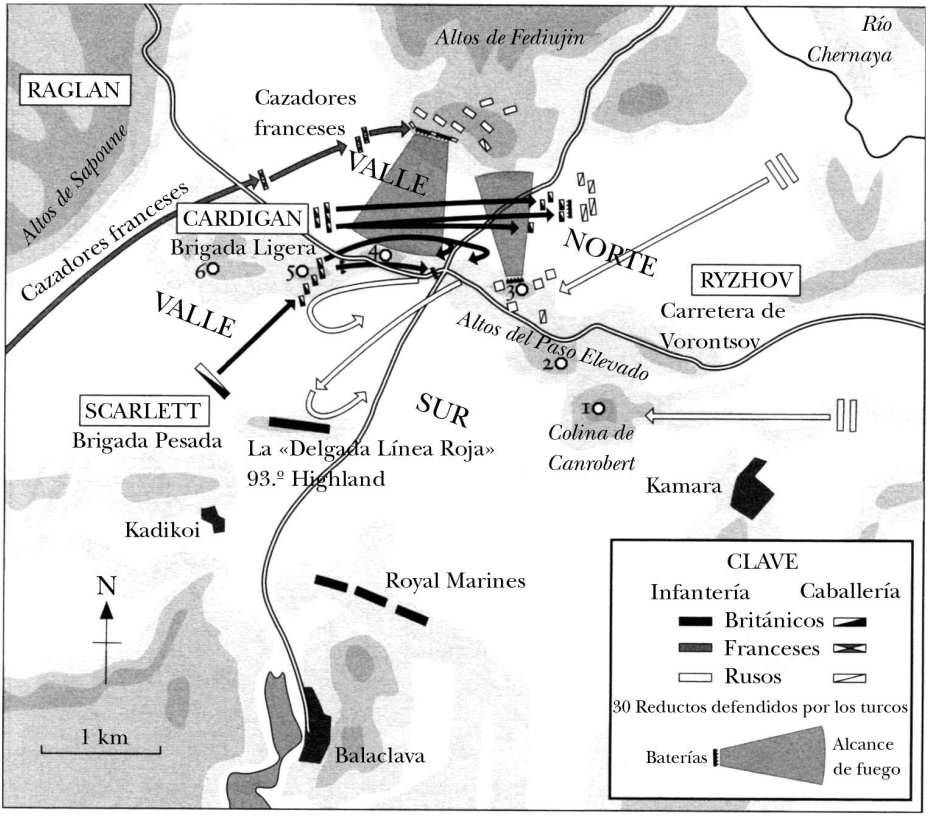
Avance aliado hacia Sebastopol



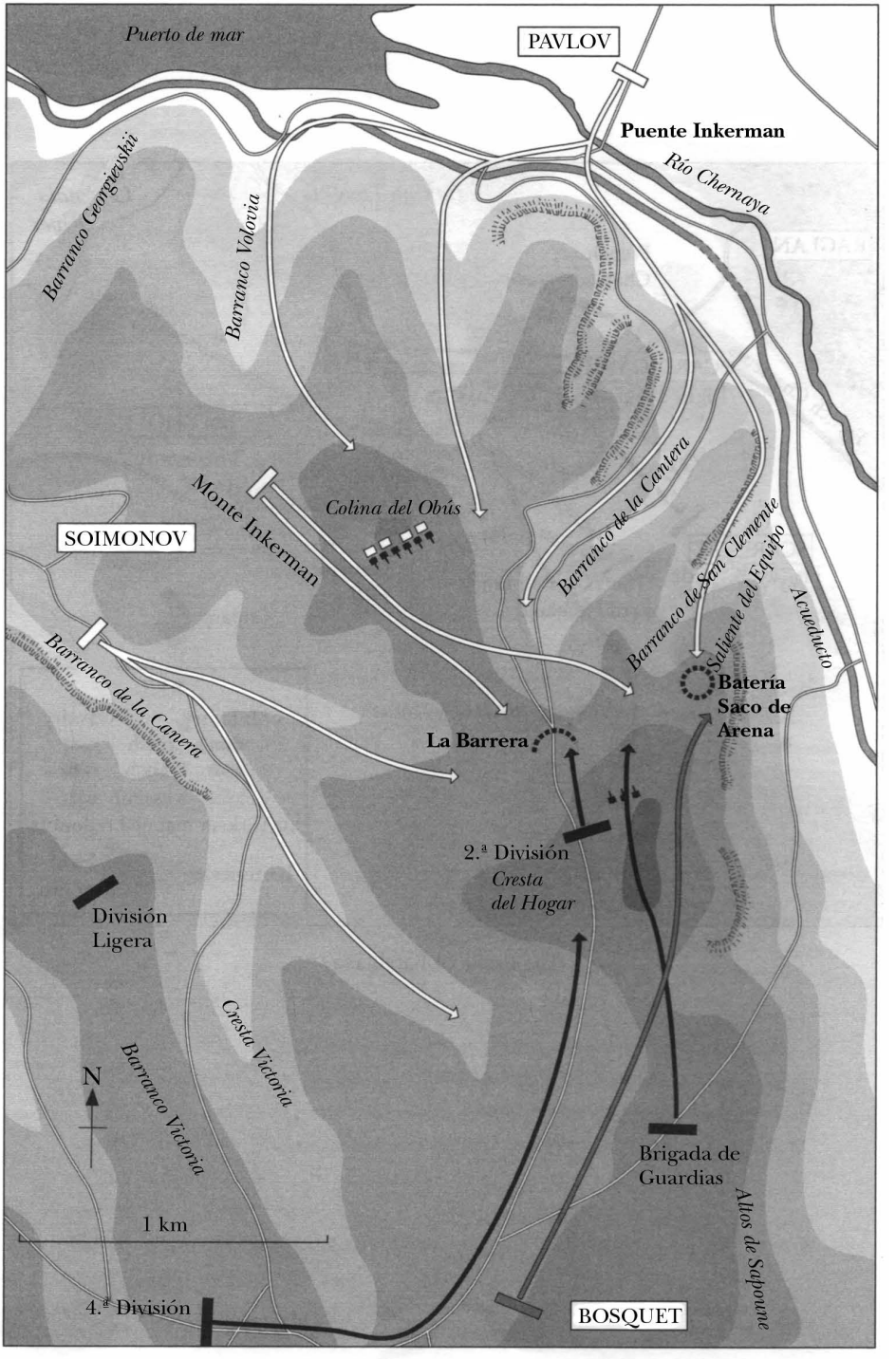
La batalla del Alma


MAR
DE AZOV
Kerch
Tamán
R. Kubán
Stávropol
N
100 km
R. Kuma
MAR
CASPIO
Soujouk Kalé
Gelendzhik
CIRCASIA
R. Kuma
Kislovodsk
Pyatigorsk
Yekaterinograd
Kizlyar
Kamenny
Brod
R. Malka
R. Terek
ABJASIA
M. Elbrus
KABARDA
R. Sunzha
Vladikavkaz
CHECHENIA
DAGUESTÁN
MAR NEGRO
MINGRELIA
MONTAÑAS
Lars
Kobi
Zugdedi
DEL CAÚCASO
GEORGIA
Tiflis
R. Kura
Trebisonda
Kars
CLAVE
La línea
Carretera Militar
de Georgia
Ereván
Erzurum

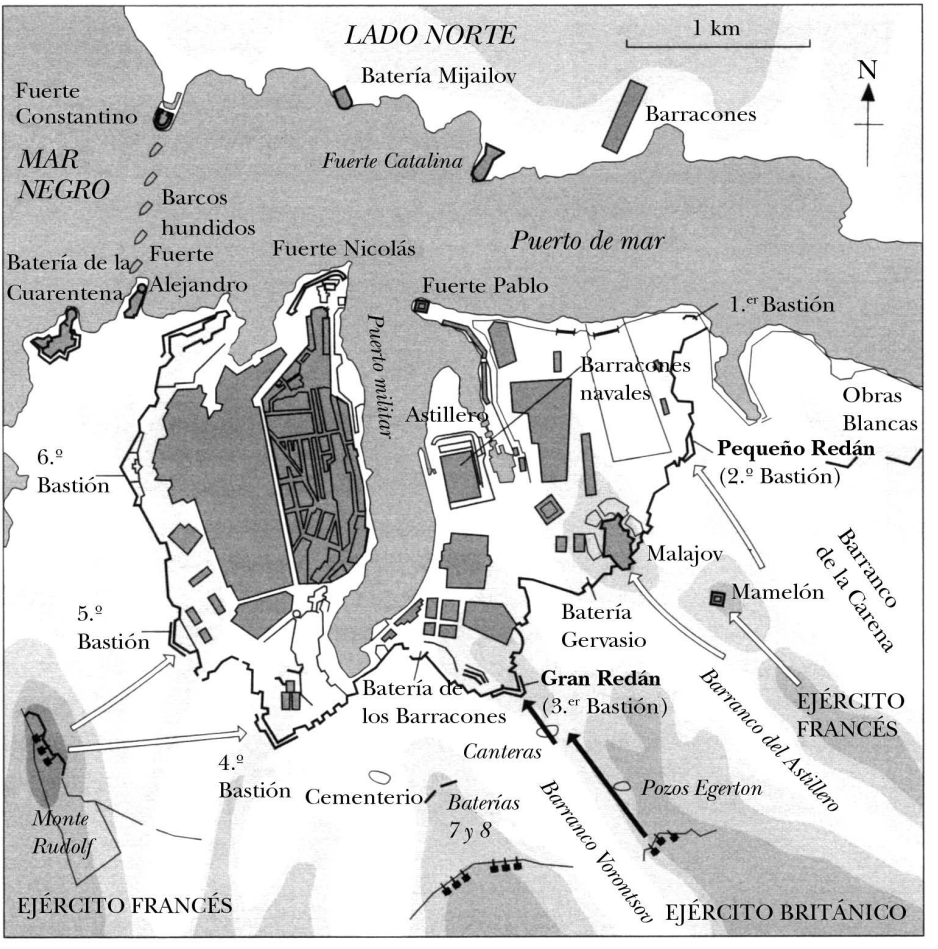
El Cáucaso



La batalla de Balaclava



La batalla de Inkerman



El sitio de Sebastopol